

EUGENIO ORREGO VICUÑA Chileno (1900)

BOULOGNE-SUR-MER

Instalóse en la calle Grande, en el piso alto de la casa de Maitre Gérard, abogado francés. Ahí fue traído el menaje que usaba en Grand-Bourg hasta el momento de vender su propiedad, en ese año 48 en que una formidable conmoción social agitó al mundo europeo; derrumbando tronos y haciendo bambolear principios. En el dormitorio, con una parecida distribución, colocaron los muebles familiares: el catre de hierro con cortinaje floreado el pequeño escritorio, la chimenea sobre cuyo reloj Imperio, Napoleón mostraba el gesto adusto. Y los cuadros (Bolívar y San Martín hermanados en el Destino). Cabe preguntar: ¿por qué faltó allí la efigie de O'Higgins, el gran camarada? En Montalván veíase en sitio principal un retrato del vencedor de Maipo.

San Martín había envejecido. El pelo estaba enteramente blanco y las arrugas surcaban su rostro cansado. Las manos huesudas parecían alargarse. Ya no veía casi nada y apenas si lograba firmar trabajosamente las cartas que dictaba a su hija. Aquella ceguera, aquel finalizar físico de su visión que en lo interno penetrara tan hondo, ponía una nota patética en su ostracismo. La salud, flaca, casi siempre, se hallaba del todo minada, y las antiguas dolencias venían a librarle batalla.

Estaba en paz con su alma y en olvido del mundo. Había redactado en Grand-Bourg, allá por el año 1844, sus disposiciones testamentarias en un documento de nobilísima factura, que comenzaba con estas palabras: "En el nombre de Dios Todo Poderoso, a quien reconozco como hacedor del Universo: Digo yo, José de San Martín, Generalísimo de la República del Perú y fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile y Brigadier General de la Confederación Argentina...". Su hija Mercedes quedaba de heredera universal, con la obligación de algunos legados. A Rosas iba su sable de América en reconocimiento de cuanto había hecho por defender a su patria de la agresión imperialista europea. El estandarte de Pizarro volvería al Perú. Y su corazón reposaría en Buenos Aires. Nada de funerales ni de ceremonias suntuosas, nada de vanidad, que ante la muerte, iguales somos los grandes y los pequeños.

El legado de su corazón es todo un símbolo, y al darlo a la capital del país donde había nacido, sin duda entendía ofrendarlo a toda América, que era su patria grande, la patria de su misión y de la hazaña, la tierra del Destino...

Pocos amigos en esos dieciséis meses finales en Boulogne-Sur-Mer. Los más de sus contemporáneos habían pasado al país de las sombras, y de los camaradas de otro tiempo sólo vivían unos pocos, esparcidos en el mundo.

A la hora del sol su hija solía llevarle a pasear en coche, hasta orillas del mar. Conversaba con el propietario de su casa; recibía a veces la visita de algunos íntimos, entre los cuales don Francisco Javier Rosales, encargado de negocios de Chile, a quien tocó el honor de asistir a su agonía. Y en su hogar, los suyos: Mercedes, lazarillo de su ruina física, el excelente Mariano Balcarce, yerno ejemplar, y las dos pequeñas nietas.

Acaso en las largas veladas de invierno, cuando el cierzo golpeaba las ventanas y la nieve o el agua caían, junto a la chimenea, sentado en el viejo sillón de marroquí, el General veía pasar ante los ojos de su alma, siempre abiertos, siempre claros, las visiones de otro tiempo. Y en la cabalgata heroica O'Higgins junto a él, cerca Bolívar, Blanco Encalada, Las Heras y tantos otros.

El viento llevaría rumores de metralla, sordos y melancólicos rumores de los combates de la juventud y la sombra del Corso animaría las escenas de Bailén, como, la del colombiano pondría su acento en el recuerdo de Guayaquil y la del chileno en la carga de Chacabuco.

Semanas antes de su último viaje lo trasladaron a Enghien para una breve temporada de baños. Y durante su estada, alguien escuchó de sus labios una frase en que parece vibrar la potencia anímica que condujo su brazo, el secreto motor de su espíritu, y -¿por qué no decirlo?- la luz que guiara su estrella por los caminos del destino. Dijo, hablando de los estados americanos: "Abrigo una fe profunda en el porvenir de aquellos países".

Un día entre los días levantóse más sereno, más contento. Hizo que su hija le leyera los diarios y mandó poner un poco de rapé en su tabaquera, para ofrecerlo al doctor Jackson, su médico. Tomó luego algún alimento de la habitación de doña Mercedes.

Pero el mal acechaba sus pasos y un nuevo ataque agudísimo vino a precipitar el desenlace esperado. "C'est l'orange qui mène au port!", había dicho San Martín a su compañera, no hacía mucho.

Pusiéronle en la cama de su hija, a la que hicieron salir por indicación suya, para ahorrarle el dolor de su agonía. No habló más, y a las tres de la tarde del 17 de agosto de 1850 exhaló su grande alma.

¡La tempestad que lleva al puerto de la liberación! ¿Acaso los libertadores no tienen derecho a la libertad?

El Libertador estaba libertado.

Estrella Gutiérrez, Fermín. San Martín. Páginas escogidas sobre el héroe. Buenos Aires: Kapelusz, 1950, p. 362 a 365.